

Una novela prodigiosa

Por Nadal Suau

Diario de Mallorca | 2006

El quinto en discordia (Libros del Asteroide, 2006), del canadiense Robertson Davies, es la historia de Dunstan Ramsay, un modesto profesor, autor de varios libros sobre vidas de santos, que se ve involucrado en la vida de un magnate de su país, de un famoso mago internacional, y de una santa loca. Contiene varias novelas en una sola: quiero decir que nace como una observación de la vida en provincias y el conflicto religioso, deviene a continuación una historia clásica entre combatientes y enfermeras maternas, luego parece competir con Thomas Mann en conocimiento de dialéctica jesuítica, y en sus páginas finales sienta cátedra ante la actual narrativa anglosajona. Por ejemplo. Todo ello está resuelto con una naturalidad asombrosa por parte de quien, al parecer, es uno de los pilares de la cultura canadiense del XX. Yo sólo afirmaré algo sencillo: El quinto en discordia es una obra maestra. Y eso que trato de esquivar esta etiqueta siempre que puedo.

Hace tiempo que no lo pasaba tan bien leyendo un libro: la trama es un prodigio, y cada nuevo meandro consigue interesarnos. Dunstan nace en el seno de una familia calvinista en el pueblecito de Deptford, al Sur de Canadá. Siendo niño, en medio de una trifulca, su amigo Boy Staunton le lanza una bola de nieve. Sin embargo, la bola golpea a la embarazada señora Dempster: esto provoca un parto prematuro del que nace una criatura débil y deforme. Para resumirlo, Mary Dempster enloquecerá, su hijo Paul Dempster acabará desapareciendo, Boy Staunton se convertirá en un hombre importante... Y Dunstan Ramsay, convertido en antiguo héroe de guerra y profesor excéntrico, acabará revelándose «el quinto en discordia», esto es, el personaje que sirve de enlace entre todos, permitiendo que la trama avance, aunque no sea ni el protagonista ni el villano, y desde luego tampoco la heroína. Para contarnos esta historia y llegar a un fascinante final, Davies ofrece un festival de pericia psicológica e imaginación: el libro contiene hasta tres milagros de Mary Dempster y varios contactos con el mundo del circo o el de los jesuitas -algo bien equiparable, para un calvinista-. Su retrato de la primera guerra mundial es vibrante. Las citas cultas se manejan con una inteligencia al servicio de la narración, y las mujeres son descritas con afecto y exactitud. Como explica Valentí Puig en un prólogo ejemplar, estamos ante un «escritor de civilización, algo que no es exactamente lo mismo que tener un buen sastre, saber usar cualquier elemento de cubertería o ceder el paso a las damas en la hora final del Titanic».

El quinto en discordia es una historia sobre el Destino, sobre el carácter, y sobre la línea que los separa del azar -tengo en mente el discurso de Sánchez Ferlosio, Carácter y destino-. El protagonista, que se siente culpable del infortunio de la señora Dempster, no deja de preguntarse cuál es su papel en el drama que la vida ha organizado. En cambio, desmenuza el rol de sus compañeros de escena sin escatimar matices. Leo que el autor fue hombre de teatro, y eso se nota a menudo: aquí late la noción de que el mundo es teatro. Hoy usamos palabras gastadas, tales como «lucidez»: tantas cosas nos parecen lúcidas a los cronistas de pobres recursos, que debo exigir al lector un esfuerzo por imaginar virgen el término. Porque, sí, hay momentos de lucidez intensa en El quinto en discordia. Por ejemplo: el miedo y la inconsciencia han convertido al protagonista en un héroe de guerra. El Rey de Inglaterra le condecora; de pronto ambos se miran y el narrador tiene la plena convicción de haber entendido que él mismo, como el monarca, está interpretando un papel público. No es que ambos se crean un héroe y un eslabón divino, simplemente están obligados a cumplir la responsabilidad de parecerlo. «Desde entonces, siempre he pensado con benevolencia en las personas que ocupan cargos eminentes de cualquier clase.

Están interpretando un papel, y debemos considerarlos actores, sin intentar desacreditarlos con información sobre su vida privada... A menos que sean ellos quienes arrastran su vida personal al escenario».

Pero he dicho que Dunstan Ramsay atraviesa toda la novela -de la que es narrador, bajo la apariencia de una larga carta- dudando sobre su propio carácter. ¡Y su Destino! ¿Está marcado por la tragedia de Mary Dempster? ¿Es el azar el que le trae y le lleva? Dunstan, firme defensor de que nuestras vidas reproducen el esquema del mito, tendrá que afrontar tres encuentros reveladores con tres personajes: la enfermera Diana Marfleet, que le devuelve a la vida; el excéntrico jesuita Ignacio Blazón -uno de los grandes regalos de este volumen-, que le encarará con sus sombras; y la atractiva y feísima Liselotte Vitzlipützli, que le da la clave definitiva de su temperatura moral. Nos encontramos también ante un honorable estudio del sentimiento religioso, de la fe como indudable fenómeno psicológico, dicho esto con todo el respeto. Davies observa cómo recibimos la herencia religiosa que nos condiciona moralmente para bien y para mal, y el enriquecimiento que supone la colisión de la razón crítica y la religiosidad, sin que medien sentimentalismos ni dogmatismos melódicos. Todas las bromas, exquisitas siempre, sobre católicos, metodistas, calvinistas, etc., y en especial sobre el celo puritano tantas veces denunciado por los temperamentos artísticos, subrayan la obviedad de que el dogma está lejos de una religiosidad sincera. Y al mismo tiempo, el narrador dice algo extraordinario: todos los ateos «fracasan en las metáforas». Es que de algún modo, el pensamiento analógico, que es el origen de lo artístico, está hermanado con la vivencia religiosa. Con la genuina, claro, no con la de mujeres «buenas, ignorantes y seguras» como la madre de Dunstan. Robertson Davies es respetuoso con todos, pero sobre todo con la verdad.

Hay más: comentarios descacharrantes y ciertos sobre la educación («si no hay posibilidad de que un joven tenga un buen profesor, háganlo enfrentarse a un lisiado psicológico o a un fracaso exótico; nunca a un profesor malo o aburrido»), sobre arte, sobre comportamientos sociales. El quinto en discordia, en la jerga ilustrada que tan bien maneja Robertson Davies, es fruto de un verdadero criterio, no de un simple alarde de gusto arbitrario. Lo que la convierte no sólo en arte, sino además en una cálida conversación con alguien civilizado, es la credibilidad permanente del narrador. No hablo de verosimilitud, hablo de su excelencia intelectual y moral, tan humana, tan anticuada. No se lo pierdan.